

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Pietro Ferrari, destacado personaje en la ciudad de Oruro. Archivo: Armando Ferrari, 2006.



Pietro posa junto a sus cuatro hijos mientras Ido Civardi se une al grupo familiar. Archivo: Armando Ferrari, 2006.



En la foto Carlo Ferrari, Héctor Bubba, Armando y Gioconda Ferrari. Archivo: Armando Ferrari, 2006.

EL IMPERIO DE PIETRO FERRARI

Aparte de la sempiterna valija de cuero marrón –tan gastada y vieja como un odre en desuso– Pietro solía acompañar sus viajes largos y extenuantes sosteniendo en la mente una carpeta personal colmada de una amplia e interminable pila de proyectos e ideas de largo aliento. Era este último, sin lugar a dudas, el equipaje máspreciado que transportaba el joven inmigrante. Pietro soñaba con crear un imperio gigantesco de molinos imbatibles y almacenes extensos, donde el maíz y el trigo se multiplicaran indefinidamente para después derivar en una variedad exquisita de productos y recetas óptimas y dignas elaboradas para satisfacer hasta el más quisquilloso de los paladares. De esta forma, el joven carpintero proveniente de Piacenza se impuso una meta clara, consolidar un negocio que le garantice estabilidad económica y, a la vez, le permita acariciar las delicias y bondades que sus recurrentes viajes oníricos le ofrecían. Claro, para iniciar tamaña empresa, primero debía depositar ambos pies en el suelo y cumplir a cabalidad con su labor de molinero en el negocio de los hermanos Figliozzi. Pietro, único hijo varón de la familia Ferrari, era precavido y desde que llegó a la ciudad de La Paz –en el año 1919– la organización y la disciplina jugaron un rol fundamental en la consecución de sus objetivos inmediatos.

La experiencia almacenada durante todo el periodo de trabajo dentro la empresa panificadora Figliozzi, le otorgó luces propias para recorrer su camino y lanzarse solo en busca del lugar exacto donde presumía encontrar su destino. Pietro no anduvo mucho para dar con el paradero idóneo. En una pequeña ciudad del altiplano boliviano, donde el ferrocarril depositaba regularmente la ambición y curiosidad de cientos de viajeros extranjeros deseosos de indagar las vetas mineras de esa misteriosa tierra india, Pietro Ferrari ancla su mirada clara y certera de lince y se propone trabajar en aquel suelo árido y duro como la corteza de un roble. Allí se produjo el primer encuentro entre hombre y tierra, Ferrari experimentó la sensación extraña de pertenecer a ese pueblo sin tener la más mínima gota indígena en sus venas y desconociendo hasta ese entonces las costumbres y tradiciones de la región. Posiblemente la naturaleza virginal del medio, unida a la candidez de sus habitantes, habrá ejercido algún tipo de influencia para lograr que el italiano establezca su hogar sin ninguna objeción. Lo cierto es que fue de esa manera como la ciudad de Oruro, en 1933, le abrió las puertas a quién más tarde consideraría su hijo predilecto.

Nacen las alianzas

Al principio nada fue sencillo. El trabajo exigente y complicado en el interior de las minas no era tarea fácil, y de no ser por la energía y vitalidad que proponía Pietro, su estadía en Oruro no se

hubiera extendido por mucho tiempo. Es en estas circunstancias complejas cuando conoce a Emilio Vico, piemontés radicado en Bolivia y poseedor de una cantidad infinita de sueños y anhelos orientados a crecer económicamente en esta vida y por ende mejorar sus condiciones de existencia terrenal. Ambos estrechan las manos sellando simbólicamente una sociedad y juntos empiezan a entrelazar ideas y proyectos comunes. Su primera actividad conjunta se realiza con la instauración de un molino de trigo, el primero que se implanta en la “tierra del Pagador”. Los dos italianos utilizan maquinaria de madera y los primeros resultados se tornan alentadores, permitiéndoles adquirir con cierta inmediatez una pequeña fábrica de fideos. Más pronto de lo pensado –corría el año de 1935– Vico y Ferrari presentan a la sociedad orureña la nueva fábrica de fideos El Pagador, negocio rentable con una capacidad de molienda de 10 toneladas por día y una producción paralela de fideos y barquillos para helado¹.

Los dos italianos trabajaron con empeño por más de una década, y no fue hasta la muerte de Vico que Ferrari asumiera el mando de la fábrica para continuar conduciendo los destinos del molino. Sin embargo, es a partir de 1951 cuando Pietro inicia el proyecto de su vida. Por aquel año conoce al empresario Luis Ghezzi, y ambos, en menos de lo que sopla el viento de la puna para ser precisos, cierran una alianza que dará lugar al advenimiento de una de las más importantes empresas bolivianas: Ferrari Ghezzi Ltda.

Durante mucho tiempo Ferrari Ghezzi proveyó a la canasta familiar boliviana con los mejores productos alimenticios del mercado interno. El sabor y la textura de sus pastas eran inconfundiblemente mediterráneos y las galletas y chocolates que salían horneadas a diario desde los almacenes causaban asombro y placer. “En su momento de mayor apogeo, este grupo industrial abarcó dos molinos, tres plantas procesadoras –fideos, galletas y alimento balanceado–, una moderna imprenta offset y dos empresas importantes: una agropecuaria y la otra de metal mecánica. Mi padre era introvertido, pero eso no impidió que fuera visionario, él, junto a sus socios, promovieron un acuerdo comercial con la línea alimenticia Bagley de Argentina: durante los próximos 14 años se debía exportar los productos de Ferrari Ghezzi al Pacto Andino, pero como esta instancia internacional no llegaría a consolidarse, el negocio se desbarató quedando varado”, aporta con palabras melancólicas Armando Ferrari, mientras su vozarrón se apaga lentamente.

Laborioso y sin concesiones, Pietro fundó un imperio colosal lejos de casa y lo mantuvo firme hasta mucho después de su muerte. Sin embargo, fue la familia que organizó con Emma Quevedo y sus cuatro hijos: Gioconda, Carlo, Armando y Mario, la verdadera piedra fundamental que cimentó su existencia.

¹ Valentino Freddi Tanghetti, op.cit., p.92.